



## El mejor premio del Arte.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

A Madrid desde Sevilla  
camina á cortas jornadas  
gallardo mancebo, henchido  
de risueñas esperanzas.  
Lleva por únicos bienes  
una mujer que idolatra,  
dos niñas de su amor prendas,  
ardor que á luchar le inflama,  
los consejos de un anciano  
pintor y sus enseñanzas,  
noble ambicion en su mente,  
recomendatorias cartas  
para Olivares, ministro  
ante el cual se inclina España,  
la bendicion de su padre  
y en su pecho fé cristiana.  
Poco los años le pesan,  
mucho la ambicion le arrastra.....

él logrará la victoria  
y honra será de su patria,  
porque sabe que los triunfos  
luchando con fé se alcanzan  
y el Arte guarda coronas  
para quien sabe ganarlas.

I.

(1623.)

Enfrente de San Felipe  
curiosos grupos se paran,  
á contemplar en pintura  
las facciones del monarca.  
El lienzo en que está su efigie,  
más que fingida animada,

obra es de un pintor oscuro  
que en él cimienta su fama.  
Y á fé que quien tales muestras  
da de sí en edad temprana,  
harto su valor denuncia,  
que es empresa temeraria  
hollar por la vez primera  
una senda nunca hollada.  
Quién, al mirar el retrato,  
mudo admira su gallarda  
ejecucion; quién prorumpie  
en elogios y alabanzas;  
quién, á su paso siguiendo  
su costumbre involuntaria,  
se descubre con respeto  
creyendo ver al monarca.  
Unos recuerdan los triunfos  
de los pintores de fama  
y á Blas de Prado y Pantoja  
quieren conceder la palma;  
pero sus voces se pierden  
y sus razones se apagan  
ante el general murmullo  
que contra ellos se levanta.  
Circula de boca en boca  
un nombre y entre alabanzas  
por do quiera lo repite  
la muchedumbre entusiasta.  
No muy distantes del grupo  
en que á Velazquez se ensalza,  
otro mas pequeño forman,  
siguiendo animada plática,  
el Duque del Infantado,  
Caltel Rodrigo y Saldaña,  
con los Carprios, los Ucedas,  
los Castillas y los Vargas.  
Nobles por sus ascendientes  
y por sus propias hazañas,  
casan la adquirida gloria  
con otra gloria heredada;  
pero nadie al escucharles  
su linage adivinara,  
que artísticas discusiones  
mal con la nobleza casan.  
—A fé mia, dice Uceda,  
que es empresa temeraria  
dar en tierra en un momento  
con reputaciones altas.  
¿Quién pintará en lo futuro  
los retratos del monarca?

— Quien así empieza, replica  
Caltel Rodrigo, sobrada  
inteligencia denuncia  
y condiciones señala.  
Si otros pintores no saben  
hacer mas, dejen su plaza  
á quien de niño les lleva  
tan innegables ventajas.  
Mozo es Velazquez; sus obras  
bien su mocedad retratan,  
y los primores del genio  
no logra quien peina canas.  
Ya el rey le buscó acomodo  
y habitacion en su casa,  
y el Conde-Duque pretende  
que su persona *gallarda*  
legue al porvenir el mozo  
para asombro de la patria.  
—Ardua es la empresa, replica  
burlonamente Saldaña,  
que si es objeto del Arte  
fijar la belleza humana,  
ha de sudar el mancebo  
para embellecer su espalda.  
—¡Imprudentel, le interrumpe  
uno que á su lado pasa:  
criticad en hora buena  
las corcovas literarias;  
mas dejad á los ministros  
las suyas altas ó bajas.  
Que es hombre además Velazquez  
tan capaz de poetizarlas,  
que asombren en lo futuro  
de D. Gaspar las espaldas.  
—¿No sabeis el privilegio  
que ha concedido el monarca  
al sevillano?, pregunta  
Giron.  
—No sabemos nada.  
—Pues imitando el ejemplo  
de Alejandro, que hizo gracia  
á su pintor de que él solo  
fuese quien le retratara,  
mandará que se recojan  
sus efigies soberanas....  
y lo que en Grecia fué Apeles  
Velazquez será en España.  
—Hizo en ello el soberano  
justicia mas bien que gracia;  
pero ¿es cierto?

—Lo asegura  
quien ha inclinado al monarca  
á la merced.

—¿El ministro?

—El mismo que viste y calza.  
—Prenda es de arrepentimiento.  
—Dios le ha tocado en el alma.  
—De seguro va á morirse.  
—¡Tal pienso yo, y se prepara  
para cuando sus acciones  
pese Dios en la balanza,  
haciendo una cosa buena  
á cuenta de muchas malas!

Así ocupaba á la Córte  
de Velazquez la llegada;  
así logró en breves dias  
lo que solo el genio alcanza,  
que príncipes y magnates  
su voz al pueblo agregaran  
para ir tegiendo al artista  
la corona de su fama.

## II.

(1656.)

Entremos del regio Alcazar  
en un lujoso aposento,  
que encierra en sí los primores  
de la riqueza y del genio.  
Entre cortinas de seda,  
ricos tapices flamencos,  
bajo reliéves y estatuas,  
memorias del arte griego,  
lienzos manchados, apuntes  
que más ó menos ligeros  
muestran vigoroso estilo  
y de la verdad el sello,  
destaca un cuadro que roba  
los ojos y el pensamiento,  
á la voluntad arrastra  
y esclaviza los deseos.  
En él su propio retrato  
dejó el pintor, sorprendiendo  
la verdad en otros tipos  
que honran su claro talento.  
Describirlos minucioso  
fuera temerario empeño:

quien las *Meninas* no ha visto  
nunca podrá comprenderlo.  
La princesa Margarita  
vive, en mengua de los tiempos,  
en ese cuadro que el Arte  
imita y nunca con éxito.  
Los bufones, los enanos,  
que en él acusan riendo  
con sus deformes facciones  
á un rey, un siglo y un pueblo,  
viven tambien ocupando  
lugar propio en aquel lienzo;  
y hay entre aquellas figuras  
de ambiente y de luz portentos;  
y los encajes se palpan;  
brillan joyas y aderezos  
y el espectador pregunta  
al mirar cuadro tan bello:  
¿es ficcion solo del Arte?  
¿Es verdad lo que estoy viendo?  
Quiero medir la distancia  
y un lienzo plano tropiezo;  
me aparto y el lienzo busco  
y solo el espacio veo.....  
Mas, dejando digresiones,  
á nuestra historia tornemos  
y á la habitacion que vimos  
y al cuadro que es nuestro objeto.  
Una persona á su lado  
lo mira y admira á un tiempo:  
otra, en silencio se aparta  
varios pasos con respeto.  
Es la primera el monarca  
que rige el hispano pueblo;  
rey, cuya débil cabeza  
no puede sufrir el peso  
de la maciza corona  
que ciñeran sus abuelos,  
y poco á poco en pedazos  
ve como salta su cetro;  
monarca, de cuya vida  
fué la Historia juez severo  
y al que las Artes alzaron  
admirables monumentos,  
porque un corazon de artista  
sintió latir en su pecho;  
sintió animarse en su alma  
mil osados pensamientos,  
que no tradujo en victorias  
sino solamente en versos.

La otra persona es Velazquez:  
claro lo denuncia el fuego  
de sus ojos, la melena  
que en rizos le baja al cuello  
y el ondulante bigote  
que espontáneamente enhiesto  
marca á sus facciones puras  
majestad y atrevimiento.

—¡Pardiez! esclama Felipe,  
su rostro al pintor volviendo;  
siempre he creído, Velazquez,  
que son sublimes tus lienzos;  
pero en este, á tu buen nombre  
pusiste remate y sello.

—Señor.....

—Lástima que el cuadro  
de tantas bellezas lleno,  
tan rico en todas sus partes,  
tenga tambien un defecto.

—Señor, para corregirlo,  
siempre me hallará dispuesto;  
vuestra Majestad me indique.....

—No tal: corregirlo quiero  
yo mismo: así tendré parte  
en los aplausos, que luego  
tributarán á esta obra  
en los siglos venideros.—

Y el rey, tomando en su diestra  
el pincel, llegose al lienzo;  
el retrato del artista  
contempló mudo un momento,

y sobre la negra ropa  
pintó con pulso sereno  
la cruz roja de Santiago  
al lado izquierdo del pecho.  
Cayó Velazquez de hinojos,  
Felipe le alzó del suelo  
y en estas nobles palabras  
completó su pensamiento:

—No es merced la que te otorgo  
ni justicia que te debo:  
es que reparo un olvido  
y que corrijo un defecto.  
Noble por tu cuna, noble  
por la voluntad del cielo,  
que en tu mente encendió un día  
la sagrada luz del genio,  
tú la nobleza encerrabas  
en lo interior de tu pecho,  
y yo al exterior la saco  
porque la aprecien los necios.  
Tú la ganas, yo la pinto,  
¿cuál hace más y cuál menos?  
Tu con mi trabajo ganas  
hábito de caballero:  
yo gano más, de otros siglos  
ganaré aplauso y aprecio;  
pues cuando ensalcen tu gloria  
dedicarán un recuerdo  
al monarca que ha pintado  
la cruz roja de ese lienzo.

O. y B.



**ES PROPIEDAD.**

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1872.  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
Rollo, 6, bajo.